



**María Kodama, *Relatos* (Buenos Aires:
Sudamericana, 2017)**

María Kodama, *Relatos*

Fabián Iriarte¹

Ker “así lo dispuso”. La autora atribuye a la divinidad griega del destino la publicación de su libro. Lo asevera en un breve prólogo, en el que también narra el encadenamiento de hechos que la convencieron, después de ciertas dudas, a dar a imprenta sus relatos: se trató de cumplir con un anhelo del pintor Alessandro Kokocinski, que, enfermo, deseaba “ver [sus] obras plasmadas en un libro”(2017: 12). Confiesa que hasta entonces no había querido publicar estos relatos “porque Borges y Girri querían escribir el prólogo” (2017: 12) dando a entender que sentía la aprensión de la escritora novel ante la

¹ Dr. en Humanidades (University of Texas at Dallas, 1999). Profesor Asociado, Literatura Inglesa y Literatura Comparada (Facultad de Humanidades, UNMdP). Co-director de los grupos de investigación "Cultura y Política en Argentina" y "Problemas de la Literatura Comparada" (CE.LE.HIS.). E-mail: < iriarte@mdp.edu.ar >

posibilidad de que dos maestros de la literatura (narrativa y poética) leyeran y evaluaran su producción.

Son cuatro los relatos. El primero, “La sentencia”, es el monólogo moroso de un hombre que, comprometido en una “inútil batalla contra lo imposible de conciliar acción y contemplación” (2017: 26) (simbolizados por una katana y una rama de cerezo), repasa las elecciones de su pasado y se detiene en una meditación de sus momentos finales. El final del relato me llevó a buscar información acerca de algunos conceptos del budismo. Emma-O es una deidad de la mitología budista; su función es juzgar el karma de los difuntos y proteger el Dharma de Buda. Es el rey de los Diez Reyes de los Difuntos que juzgan en turnos a los muertos; este concepto del Jizō o Diez Reyes entró en Japón, desde China, durante el período Heian (794-1185 d. C.). Emma-O lleva a cabo su juicio, que va en quinto lugar, treinta y cinco días después del fallecimiento. Es asistido por dos deidades: Shimeiten (de los buenos actos) y Shishei-ten (de los errores). No sabemos en qué lugar o época suceden los acontecimientos narrados por el protagonista del cuento; no provee detalles, nombres, precisiones. El foco está puesto en la vivencia interna de su conciencia. Este mismo interés se repite en los cuatro relatos. El segundo, “Leonor”, es un intento de describir las experiencias del desorden mental (¿alucinaciones?) de una niña traumada, desde el interior mismo de su conciencia: “Debía estar quieta y callada para que nadie se fijara en ella, así cada atardecer podría proyectar su mundo, al que tendría acceso definitivamente, sólo cuando recordara las constelaciones, porque ellas le indicarían el recto rumbo de su vida.” (2017: 46, 47). Para Leonor, el *leitmotif* de las constelaciones es el símbolo de lo que busca, que resulta ser inefable. La narración cambia de puntos de vista, desde la perspectiva de la niña de once años a la perspectiva del doctor que lleva a cabo su tratamiento. La fluctuación entre el uso del pretérito indefinido y el pretérito imperfecto

vuelve vago el sentido del tiempo: los pasados (el de las acciones habituales y el de las acciones finitas) conviven con el presente en una trama temporal difusa, que conviene al tema del relato: “Sus ojos ansiosos ven, de pronto, en el suelo, esa cabeza de caballo unida a un palo. Recordó su desilusión cuando se la dieron.” (2017: 73)

Un paleontólogo nórdico, Bjarkar Gunnarson, es el protagonista de “El dinosaurio”. Con un grupo de investigadores, se ha trasladado al macizo de las Agujas Rojas, en Europa Central, a fin de probar la hipótesis de la existencia en esa locación, “milenios antes de la aparición del hombre,” de dinosaurios pentadáctilos en una vegetación y clima tropicales. Nos enteramos de que su teoría había sido precedida por la de su profesor, Gustafson: la llegada de una nueva era glacial, en la que “no habrá ya posibilidad de vida” (2017: 82) Gunnarson y su amiga Gudrun, también paleontóloga, habían suplantado la hipótesis de la destrucción por la “esperanza de los ciclos, en los que nada parece sino que cada cosa se transforma y momentáneamente se eclipsa para resurgir más perfecta” (2017: 84). El relato combina acciones con meditaciones acerca de la evolución humana, la libertad, la fe en la vida. Nuevamente, Kodama usa el cambio de puntos de vista, para narrar la era glacial que supuso la extinción de aquellos animales en la misma voz de un ejemplar de dinosaurio. El título del relato parece indicar que el protagonista es este dinosaurio. ¿O será Gunnarson, metafóricamente, el dinosaurio? De vuelta a este personaje, en otro cambio de punto de vista que crea una estructura tripartita, asistimos a la culminación de la búsqueda de los exploradores científicos. Así como hay huellas (literalmente) en el paisaje, y sonidos sugerentes y reveladores, la narración misma es ecoica: un grito del dinosaurio, por ejemplo, es repetido, sin saberlo, por el paleontólogo. Hay ecos léxicos, ecos de escenas, ecos de sensaciones ominosas: “Había llegado por fin, ahí estaba la vida” (2017: 110).

¿Es un comienzo o el final?

El tema del destino prefijado atraviesa cada uno de los relatos de este libro. El último, “John Hawkwood”, se ubica en la Florencia del siglo XIV. El personaje del título (¿protagonista o co-protagonista?) es un inglés que ha participado en las batallas iniciadas por su rey, Eduardo III, de la dinastía Plantagenet, al invadir Francia en 1339: la batalla de Crécy (1346) y la batalla de Poitiers (1356), ambas derrotas francesas. Hawkwood pone sitio a Florencia en 1364, pero al cabo logra lo inimaginable: la ciudad misma le pide ayuda “para apaciguar sus discordias internas” (2017: 126). En una vuelta irónica del destino, el enemigo se vuelve condottiero. Pero otro Juan, sacerdote florentino, llamado a darle al inglés, que ahora yace moribundo en su cama, los “sagrados óleos” (el sacramento de la extremaunción), no puede olvidar la crueldad de Hawkwood y duda en llevar a cabo ese acto que ha repetido tantas veces en su vida: la absolución de los pecados. “¿Existe el arrepentimiento?” (2017: 117), se pregunta y, al borde de su pregunta, su fe también parece estar a punto de caer. Después de una revelación en la que la realidad, “perfecta y cruel en su desnudez” (2017: 136), le revela el mundo tal como es desde el principio, Hawkwood también tiene dudas: “se preparaba para la victoria y la derrota” (201: 140). Esta paradoja lo define no sólo a él; también Juan, el sacerdote, es alcanzado por una inevitable ambivalencia que lo deja a la vez sin palabras y con palabras. El libro cierra, oportunamente, con otra manifestación de la fuerza del destino. Para terminar, unas palabras sobre el arte del libro. Kodama conoció al pintor gracias a un amigo común, Fernando Flores, director del Foro Ecuménico Social. Artista italiano de ascendencia rusa y polaca, nacido en un campo de refugiados en 1948, Kokocinski pasó su infancia en Argentina porque su familia se trasladó a nuestro país a fines del año en que él nació, hasta que en 1969, debido al golpe de estado de Onganía, se exilió en Chile, para regresar a Italia años más tarde. Desde entonces, ha expuesto su obra en galerías de todo el

mundo. Son 26 las pinturas de Kokocinski que acompañan los relatos de la escritora, todas en técnica mixta (tinta, acuarela, lacre, hojas de oro, collage) sobre “soportes” varios (pergamino, papel antiguo, papel de arroz) y sin título (excepto una, titulada “Poesía”). Han sido fotografiadas por Manuela Giusto para esta edición.



